

# Figuras de lo unheimliche

## Psicoanálisis con las artes

Alexander Jiménez Matarrita

### 1.

Quiero empezar agradeciendo la invitación a presentar este libro. Aunque, como verán, no tengo mucho que agregar a lo que ya está dicho aquí, lo cierto es que agradezco la ocasión de leer todos estos textos.

Como no he seguido ningún método al leerlo, ahora querría intentar dibujar ese camino que seguí y lo que me topé en él. Voy a intentar hacer eso que Ginette Barrantes nos recuerda, que *el método es el camino luego de recorrido* y que Pascal Quignard como *un viaje que avanza regresando*.

Al regresar de ese viaje por el libro, puedo hacer cuentas y puedo adelantar que este libro ha sido para mí como una especie de

laboratorio sentimental intenso que me ha tocado de un modo que todavía no sé cómo definir y que, sin duda, me seguirá tocando.

Por todo eso, el modo en que José Assandri, Lionel Klimkiewicz, Ginette Barrantes, Karen Poe, Camilo Retana, Carolina Sanabria, Yanina Sánchez, Helena Maldonado, Roberto Marín y Bertold Salas se acercan a sus diferentes asuntos ha sido un regalo inesperado y quería empezar agradeciéndolo

Si acepté sabiendo que no tenía mucho por decir fue gracias al afecto invencible que siento por dos mujeres y un hombre que aquí escriben. Por Ginette, por Karen y por Camilo yo sería capaz, si me lo piden, hasta de presentar una guía telefónica.

Hecha esta confesión amorosa, paso a hablar del libro y de mi lectura del libro.

## 2.

Este es un libro bastante equilibrado. No es fácil lograr eso cuando un texto se compone de once textos tan diversos. Algunos artículos son más hospitalarios y otros más cerrados sobre sí mismos. Unos son más extensos y otros más breves. Pero eso no contradice la consistencia del libro y el clima común que todos esos trabajos logran construir.

Creo que eso común que tiene este libro es el hecho de que se trata de un proyecto instituyente. Eso es algo que este libro se propone y que es muy difícil encontrar en otros de la misma especie: un proyecto instituyente claro: aquí hay un término, un concepto, un trabajo

analítico por instituir. Y el libro es un libro instituyente, inaugural, fundacional.

Y eso tiene que ver con una tarea precisa: instituir en castellano un término alemán como forma de proteger un patrimonio de sentido. Aquí uno puede ver la voluntad de instaurar una palabra para pensar de manera más certera lo que una traducción, lo que otras palabras no siempre bien elegidas, pueden impedir.

Y como parte de ese proyecto de instituir un término también hay otro que consiste en poner a prueba un concepto, en cercarlo. Se lo somete a prueba o se lo cerca mediante el análisis de experiencias, Esas experiencias coinciden en su vínculo con la enfermedad, con enfermedades mediadas por la creación de literatura y arte. También se cerca el concepto mediante el análisis de producciones audiovisuales -tres películas y una serie-, de pinturas, poemas, y de otros conceptos. En casi todos los artículos hay un esfuerzo notable por pensar esas experiencias, esas obras y esos conceptos y pedirle cuentas al concepto freudiano del Das Unheimliche.

Me sorprendió toparme con un libro tan consistente en su búsqueda analítica. No me encontré aquí con un vicio interpretativo muy común: el que consiste en deducir de un concepto o anticipar con él lo que uno se va a encontrar. Aquí, en cambio, observé otra elección teórica que consistía en tensar el concepto, en llevarlo al límite, analizando experiencias, objetos, y productos estéticos. Lo que uno se encuentra en la mayoría de estos textos es un intento de someter a prueba y de no admitir sin reservas los alcances de un concepto nunca cerrado en sus sentidos.

José Assandri lo dice de manera precisa, como los cortes que analiza en sus dos artículos. Hablando del caso que él trata dice que no lo hace como quien se acerca a un caso aplicando una teoría. En el Psicoanálisis, aclara Assandri, se trata de *romper la teoría contra el caso*. *No se trata de aplicaciones teóricas, sino de aquello que permite poner en cuestión o provocar rupturas en lo que llamamos teoría.*

Roberto Marín Villalobos lo intenta con el tema de la repetición. Bertold Salas intenta pensar la posibilidad de no quedarse con la pregunta de si se puede hablar de *Río Sucio*, una película de Gustavo Fallas, desde *Lo siniestro*, o desde las figuras de *Lo siniestro* reconocidas por Freud. En su lugar propone otra pregunta que a mi juicio es central ¿Se puede hablar de las figuras de *Lo siniestro*, de Freud, a partir de los ejemplos que ofrece Fallas en su filme? Y entonces alude a los crímenes y culpas, lo reprimido, la ceguera, secretos que ahora se manifiestan, y al tema del doble presentes en *Río sucio*. Eso hace también Camilo Retana con la suplantación, y Helena Maldonado con lo Numinoso y Yanina Sánchez con el músico José de la Cruz Mena, y Ginnette Barrantes con Jean Luc Nancy y Serge André.

Aparte de ese proyecto instituyente, uno puede encontrar en el libro algo más. Se trata de esta cercanía amorosa a la literatura y el arte que tienen quienes se dedican al psicoanálisis. Por supuesto, eso puede aprenderse de Freud y en Freud. Lionel Klimkiewicz lo enuncia con brillantez en sus comentarios a la traducción del *Das Unheimliche*. Él dice que Freud en la elaboración de su obra siempre se apoyó más en las artes y en los artistas que en sus maestros psiquiatras, neurólogos

o psicólogos. Como Lacan, pensaba que los artistas siempre se nos adelantan en la comprensión de los misterios del alma humana. Esta apuesta analítica por la literatura y el arte no es tan común en saberes para los cuales ahí no hay nada valioso. Me parece que Freud intuía que ahí podría estar todo y me parece que este libro sigue esa ruta. Ya el subtítulo del libro es muy significativo: *Psicoanálisis con las artes*. No es *psicoanálisis de las artes*, como si las artes fueran materiales inertes que deben ser interpretados psicoanalíticamente. Me parece que no se trata de eso. Se trata de psicoanálisis con las artes. Este giro importa. No hay uso de las artes como ejemplos, hay ejercicios de análisis acompañados de las artes.

Además de esta apuesta por la literatura y el arte, y quizá como un don que viene con ella, me gusta el cuidado de la escritura que hay en todos estos textos. A diferencia de textos que se suelen leer en otros campos, que son textos normalmente desamorados o desangelados, escritos por gente que piensa que lo esencial son las ideas y las citas que uno hace, y que la escritura es solo un ropaje prescindible, este es un texto en el cual la escritura es un componente esencial. Y ello parece tener que ver con algo que uno aprende sobre Freud leyendo este libro: el valor autónomo de la escritura. Escribir, para Freud, no es el momento final y formal de un trabajo previo de análisis y pensamiento. Escribir es ya una práctica analítica, y es una parte tan central del proceso como cualquier otra.

Ya sé que no toda la gente que participa es psicoanalista, pero toda esta gente adquiere, por una especie de contagio del bien, un aura que

les permite escribir de una cierta manera que es una de las cosas más notables de este libro.

Aquí las tramas de los textos, de las películas, de los cuadros, y poemas están bien elaboradas. Hay una belleza particular en estas explicaciones, incluso en las que están rondando un sufrimiento profundo que uno puede adivinar. En el libro, varios de los capítulos tratan sobre gente en estado de enfermedad y eso se trata con un especial cuidado que uno agradece.

En los textos del libro hay un constante juego con el lenguaje. Parecería que allí parecería nos jugamos la vida. Y eso incluye, por supuesto, el malentendido, la tachadura, la traducción, la distracción. Es como si todas, como si todos supieran que, en efecto, la lengua es guardiana de conocimientos sepultados.

### **3.**

Ahora quisiera confesar un poco de mi experiencia de lectura. Me parece que esa experiencia puede parecerse a la de quien va a un jardín, sin ningún saber botánico y se topa con especies que ve por vez primera. Y no sabe cómo se llaman ni cuáles son sus propiedades y sin embargo, a pesar de eso, queda fascinado con lo que ve, pero también con el modo en que lo que ve le permite verse.

Y yo aquí me he topado con la posibilidad de acercarme a palabras que desconocía o que conocía a medias. Palabras como Numinoso,

Criptar, cripto Orfar, orfa, Extranjear, “extranjearse”, Extrañeza amical, Fijeza distraída y atención flotante.

Estas nuevas palabras son como nuevas especies para mí. Ahora podrán formar parte de mi acervo de palabras y conceptos. Como cuando Proust, mi querido Proust, habla en su novela de unas rosas pintadas que eran tan especiales que pasaron a formar una nueva especie de las rosas. Así también algunas de las palabras que yo aprendía leyendo este libro forman ahora parte de mi mundo.

Confieso también que me ha supuesto un esfuerzo seguir los argumentos que en el libro se construyen y que se construyen bellamente. Deben saber que no siempre he podido seguirlos en todos sus extremos. Y así está bien. Digamos que así fue desde el comienzo el contrato que tomé con quienes me invitaron.

Así que me ha pasado un poco como decía Maurice Blanchot de los primeros libros de Foucault. Blanchot decía que no entendía casi nada de lo que Foucault decía, pero que le gustaba el modo en que ponía todo al revés.

Este revés de las cosas que ustedes enseñan aquí me gusta mucho. Digamos que ahora ya nunca más podré ver de la misma manera películas como Río Sucio, Vértigo, The shining, o series como The Missing. Pero tampoco a Dalí y a experiencias como las de la extranjería, lo numinoso, el cáncer o la lepra. Todas ellas adquieren gracias a este libro otra forma de ser percibidas y leídas.

Con este libro me pasó algo parecido a lo que me pasaba en mis excursiones escolares. Y digo que esto fue para mí como una excursión escolar por dos razones. Primero, porque fue un modo de

volver a mis memorias escolares en un pequeño pueblo del noroeste de Costa Rica, en Nicoya.

En nuestra escuela solíamos tener cada semana una visita libre al río o al monte. Nuestra maestra Betzaida nos llevaba a conocer todos los mundos que hay en los ríos y en los montes. Y así, cerca del río o perdiéndonos en el bosque tropical seco, había una fascinación de la que salíamos fácilmente.

Esas experiencias nos hicieron intuir que si en este mundo hay otros mundos, entonces, tenían que estar sumergidos en los ríos. ¡Tantos mundos fluyen debajo de los ríos, tantos seres, tantas luces! Había algo especial que sólo ocurría debajo del agua en los ríos a los que solíamos ir. Era un abandono, una sensación de irrealidad, una luz y un desdibujarse de las cosas. Como si debajo del agua las leyes del mundo funcionaran al revés, o como si dejaran de funcionar. Y quizá por eso, desde fuera, cuando me siento a contemplar un río, siempre me ha trastornado la sensación de la profundidad. La claridad del fondo, las piedras o la arena, los peces que pasan y giran y entonces brillan: relámpagos en miniatura que no traen ningún peligro.

Ver pasar el agua de los ríos era una fascinación peligrosa que nos hacía perder las horas y que nos traía una paz que no encontrábamos viendo otras cosas, superficies más pulidas que quizá no nos interesaban.

Pues bien, leer este libro ha sido para mí una experiencia parecida a esa. Eso es lo primero. Luego está la idea de la excursión como movimiento en torno de un centro amoroso. Me parece que es Roland Barthes quien hablaba de la excursión como el vaivén de un



niño en torno de su madre, un niño que va y viene desde ella hasta otros lugares y cosas. Un vaivén que le permite al niño traerle a su madre pequeñas piedrecitas o hilos de lana, que no significan mucho pero que ilustran el vínculo amoroso que les une. Bueno, algo así también he pensado que puede pasar con mi presentación. No les traigo casi nada, pero lo hago por el vínculo que me ha unido a varias y varios de ustedes y que me puede unir ahora, después de haberles leído.

#### 4.

Para cerrar, me gustaría regalarles una historia que puede acompañar algunas de las historias que ustedes me han contado. Es una historia relativamente conocida que tiene que ver con una modalidad del parecido, a mitad de camino entre el desdoblamiento y algo que se parece a la auto suplantación. En su novela *Berta Isla*, Javier Marías narra una historia de suplantación. Se trata de una suplantación operada en el marco de un trabajo de espionaje. Pues bien, Berta Isla, la pareja del hombre de esta historia sufre esa historia de suplantación pues nunca sabe muy bien a qué se dedica su marido. Y cuando lo sabe tienen una conversación que yo querría traer acá de manera muy puntual. Ella le reclama el daño que provoca para todos el acto de suplantar. Y entonces recurre a Shakespeare, una escena del *Enrique V* de Shakespeare.

Habrá una batalla al día siguiente y el Rey, Enrique V, se emboza en una capa y se mezcla con tres soldados insomnes que esperan la

llegada del día con temor. El Rey juega a ser uno de ellos, toma asiento junto a la fogata y conversan. Se trata entonces de un rey que se suplanta a sí mismo. A todos los efectos, así disfrazado, no es el rey, aunque lo sea. Está disfrazado. Los soldados hablan con la libertad de uno cuando está entre iguales. De hecho, en algún momento le discuten con algo de insolencia pues para ellos él no es rey ni nada y no son ellos sus súbditos. Para ellos, se trata de otro más. Así que asumen que le pueden decir lo que quieran. El rey está disfrazado y es un rey oculto para ellos, y en él solo ven a un igual.

Y así, entrado el conticinio, ese momento de la noche en la cual todo está en silencio, esos hombres sencillos siguen hablando con un rey que es un suplantador. Y se preguntan por la causa de la batalla que pelearán al alba y que quizá les mate. Y entonces uno de ellos dice: *Arduas cuentas habrá de rendir el rey si no es buena causa la de su guerra.* Y otro agrega: *si es mala su causa, nuestra obediencia al rey nos limpia a nosotros de lo criminal que haya en ella.* No parece poca cosa proferir estos reclamos frente al rey a quien van dirigidos.

En un momento uno de los soldados discute con el rey oculto, llamémosle así, y dice algo despectivo del rey, ignorando que lo tiene al frente. Y entonces el rey defiende al rey. Es decir, se defiende a sí mis o como si fuera otro. La discusión es muy dura y se prometen saldar cuentas después de la batalla, si acaso siguen vivos. Y entonces se intercambian un guante para reconocerse. Uno lo llevará en su casco y el otro en su gorro, hasta que vuelvan a encontrarse. Se reconocerán porque cada uno portará un guante igual a otro. Cada

quien se queda con un doble del otro guante y lo ostentará para así reconocerse y saldar cuentas.

Y así ocurre unas escenas más tarde. La batalla contra los franceses ha terminado y el rey ha sobrevivido, y el soldado también. Y en un momento en que el rey está recibiendo un recuento de las bajas ve pasar a ese soldado con un guante prendido en el gorro. El rey, ahora en su esplendor y rodeado de edecanes, le habla y le pregunta que por qué lleva ese guante así. Y el soldado le cuenta todo lo sucedido en la noche y le habla de un inglés o un galés desconocido con el que se retó. Y el rey, con malicia, le pregunta, ¿y si ese hombre fuera un caballero? El soldado le dice que aún así debe honrar su juramento y darle un bofetón si lo viera.

Luego sigue un diálogo que no viene a cuento. El caso es que en un momento el rey le enseña al soldado la pareja de su guante, un guante exactamente igual al del soldado. Y entonces el rey le reclama. Le reclama que le faltara a él, a su rey, del modo en que lo hizo. Fue a mí a quien prometiste pegar y a quien ofendiste. Y el soldado le dice algo así como esto: vuestra majestad no se presentó como vos mismo, sino como un hombre corriente. Y de lo que vuestra alteza sufrió bajo esa figura os ruego que lo atribuyáis a vos y no a mí la culpa, porque de haber sido aquel por quien os tomé no incurrí en ofensa alguna. Así que os ruego que me perdonéis.

Al final el rey pide que llenen de dinero aquel guante. Y entonces pronuncia una sentencia al mismo tiempo cariñosa y extraña: *Quédatelo compañero, le dice y llévalo como una distinción en tu gorro hasta que yo lo reclame.*

En la vieja estructura que sostiene muchos de los cuentos populares hay una suposición repetida a propósito de la realeza: muchos pobres son reyes que se ignoran como tales. Y ha de llegar un momento de la anagnórisis, el tiempo del reconocimiento. Algún evento ha de revelarlos como lo que son: gente hermosa y poderosa.

Pues bien, en este relato de Shakespeare, que Javier Marías retoma para la trama de su novela, hay algo más. Aquí ya hay un rey que se sabe rey, que no necesita reconocimiento pues ya lo tiene. Pero este rey y esta historia revelan algo que parecería obvio y casi nunca lo es: que él es como cualquiera, que los reyes también serán despojados, que su condición más íntima, en la noche más profunda, no se diferencia de la de los demás.

Así que ustedes podrán imaginar la poderosa experiencia que ha vivido este pobre soldado con alguien de quien estuvo tan cerca en una noche cerrada. Y sin embargo, al día siguiente, con la luz radiante, se le aleja, se le convierte en otro. Ese que le fue tan familiar ahora le es ajeno, unheimliche.